

Anderson, J.L. (2005).

*La caída de Bagdad.*

Barcelona: Anagrama, colección Crónicas.



Gracias a Sadam Husein, y su muerte en la horca, el mundo parece volcar de nuevo su mirada sobre Irak, país cada vez más alejado de salidas democráticas y conciliatorias, y en el cual se puso en evidencia la incapacidad de Estados Unidos en el manejo de una crisis, que precisamente se agudizó tras la invasión. En los dos últimos meses de 2006 se registró el mayor número de soldados estadounidenses muertos y ello, sin duda alguna, es una clara señal de la ingobernabilidad reinante, tres años y medio después de que fuese derrocado Sadam.

Una extensa y documentada crónica periodística de aquellos sucesos y pincelada de la historia reciente de Irak se encuentra en el libro *La caída de Bagdad*, de Jon Lee Anderson. Teniendo como telón de fondo la vida en la capital iraquí, durante las últimas semanas del régimen de Sadam, el libro tiene otra línea narrativa que se adentra en la construcción del dominio de Husein, y de cómo éste hombre alardeó de un poder que carecía para enfrentar a Washington. Sin duda alguna Estados Unidos tejió mentiras con la versión de que existían armas químicas en suelo iraquí, pero también Sadam engañó (o estaba engañado) en relación a lo que sería la respuesta de su pueblo una vez que comenzara la invasión. El libro de Anderson justamente permite una radiografía a partir de algunos personajes, unos altos funcionarios, otros sencillamente iraquíes de a pie, que junto con los periodistas extranjeros van presenciando la caída de lo que se decía monolítico.

Las versiones que ofrecían los voceros del Ministerio de Información a la prensa extranjera, de una presunta defensa a ultranza del territorio pérsico y del propio Sadam, contrastaba drásticamente con lo que se veía en las calles. Soldados despojándose de sus uniformes para perderse en las ciudades, funcionarios borrándose de sus funciones gubernamentales y otros chantajeando a extranjeros para obtener dólares y poder huir, cada iraquí preparándose para la madre de todas las derrotas y viendo de antemano cómo sobrevivir una vez que fuese derrocado Sadam.

Literalmente se trató de una caída, no hubo una resistencia, como la que sí puede verse ahora contra la presencia estadounidense.

¿Cómo puede explicarse tal fenómeno, si poco antes de la caída Sadam había obtenido prácticamente el 100 por ciento de los votos en un "referéndum de lealtad", con el cual se extendía su mandato en el poder por otros siete años más? El libro de Anderson le da textura a un aspecto que parece crucial para entender el callejón sin salida en el que terminó Sadam, y en el cual encerró a su país. Básicamente se puede resumir en el culto a la personalidad, el culto al líder. Cuando Sadam retaba al poder estadounidense y decía que el pueblo daría la vida por él, genuinamente lo creía. No podía ser de otro modo, él mismo había propiciado que en su entorno se creara un sistema de adulación. Perdió contacto con la realidad.

Sadam ejerció el poder por completo en Irak a partir de 1979. Una década antes su partido, el Baaz que se autodefinía como árabe-socialista iraquí, había derrocado a unos militares nacionalistas que a su vez en los años cincuenta habían acabado con la monarquía. Husein ejerció el poder de forma absoluta y sanguinaria, pero al mundo occidental eso no pareció serle problemático, pues su gobierno parecía afin a la agenda estadounidense más preocupada por la extensión del radicalismo religioso de Irán.

Sadam, libre de presiones internacionales durante los años ochenta, consolidó un régimen unipersonal y unipartidista. Siendo él sunita (minoría en Irak), durante aquellos años impuso un régimen de terror con gran represión de los chiítas (mayoría en el país). No sólo fue acabando con los opositores, sino que también paulatinamente anuló dentro del Baaz a potenciales líderes que pudieran hacerle sombra. Una cosa llevó a la otra, y así el gobierno terminó convertido en una suerte de "*Sadam's fans club*", su rostro y su nombre pasaron a copar todas las dependencias públicas, algunos lugares cambiaron de nombre para rendirle culto al líder. Como un mecanismo que cobra vida propia, ya nadie podía contradecir disposiciones si se invocaba que era voluntad de Sadam, aunque resultase difícil saber con exactitud si aquella era esa su decisión.

Sin colaboradores que pudieran contradecirle, o se atrevieran a hacerlo, Sadam lanzó a su país a aventuras costosas, desde todo punto de vista, como lo fue la guerra contra Irán o la invasión de Kuwait. En el plano interno, en tanto, se consolidó un sistema de delaciones que iba más allá de los servicios secretos e incluía a muchos informantes de paisano.

Cualquier palabra crítica contra Sadam podía costar la vida o, con suerte, el puesto de trabajo.

Sadam, como todo aquel que ejerce el poder de forma absoluta –sin contrapesos–, parece que terminó siendo víctima de su propio culto. Anderson, con una excelente pieza de periodismo narrativo, permite un acercamiento preciso.

Andrés Cañizález